

June 2023

Álbum familiar: Inserta tus fotografías y tu infancia

Paulina Gabriela Arredondo Guzmán

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.fiu.edu/led>



Part of the [Language and Literacy Education Commons](#)

Recommended Citation

Arredondo Guzmán, Paulina Gabriela (2023) "*Álbum familiar: Inserta tus fotografías y tu infancia*," *Revista Electrónica Leer, Escribir y Descubrir*. Vol. 1: Iss. 12, Article 7.

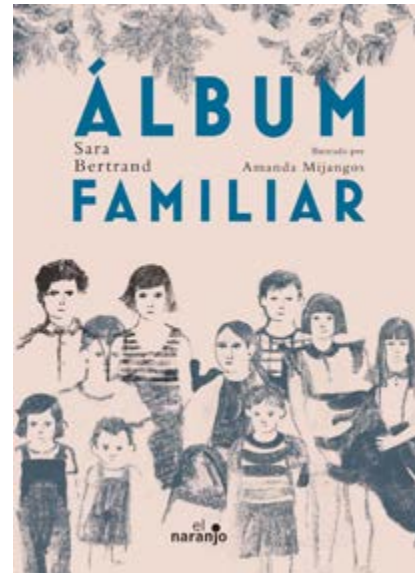
Available at: <https://digitalcommons.fiu.edu/led/vol1/iss12/7>

This work is brought to you for free and open access by FIU Digital Commons. It has been accepted for inclusion in *Revista Electrónica Leer, Escribir y Descubrir* by an authorized administrator of FIU Digital Commons. For more information, please contact dcc@fiu.edu.

ÁLBUM FAMILIAR: INSERTA TUS FOTOGRAFÍAS Y TU INFANCIA

Paulina Gabriela Arredondo Guzmán²¹

Sara Bertrand (texto), Amanda Mijangos (ilustraciones)
Álbum familiar
 Ediciones El Naranja
 México, 2021.



Abro el libro. Empiezo a leer. Llega a mí la culpa. Me resisto a escribir. En los días recientes mis tiempos de lectura y entregas para el posgrado se encuentran en suma desfasados. Sigo leyendo. Quizá comenzar a escribir sería mejor idea... aunque las palabras aún no son suficientes para concretar algo. ¿Cuándo son suficientes? ¿Cómo saberlo? ¿Cuándo es suficiente lectura para escribir? No importa. Sigo leyendo. Y no hago pausas sino para asimilar o degustar alguna frase u oración. Entonces subrayo, coloco un post-it o marcador: "Mi madre comenzó a perder la memoria un día cualquiera". La frase me apresa. En mi cerebro algo dicta que siga leyendo. He comenzado a insertar fotografías mías dentro del libro. Este no sólo lo permite, sino que insta a hacerlo. Y a pesar de que la escritura vuelve a demandar su tiempo, me avoco hacia las fotografías.

Al leer las primeras páginas de *Un álbum familiar*, sé que también se trata de mi madre, de mi abuela, mis primos, mis amigos... quizá hasta de mi país. Al principio percibo frases y fragmentos dispersos, recuerdos aparentemente sin asociar que pertenecen a la narradora, derivados de todo aquello que olvida. Probablemente el olvido se manifiesta como resistencia ante el dolor. Reflexiona pausando. Entonces admite que el recuerdo nunca es lineal, ella lo concibe tan fragmentario y fugaz como las migajas de un pan bajo el agua. La narradora evoca memorias significativas de su infancia, momentos que configuran muchas de sus

21) Escritora y docente. Estudiante de Maestría en Literatura Aplicada por la Universidad Iberoamericana Puebla.
 paulina.arredondo@iberopuebla.mx

realidades. A la sazón me siento cercana a ella, doblemente enganchada.

Al avanzar, comprendo que el recuerdo ya no se llama recuerdo, porque se despoja de la nostalgia y reclama un lugar en el presente. Entonces la nostalgia sobreviene por sí sola, en el presente ha cobrado un lugar por sí misma. De tal forma, se adhiere a la memoria que se nos muestra. Pertenece a una estirpe que se alimenta de pedazos y es tan capaz de construir por sí misma como lo son todos los rincones y gestos de una pintura que se esmeran en componer en conjunto. Una obra completa. La memoria recrea, y tiene mayor fuerza que el recuerdo. Este es el tipo de memoria que nos plasma Elena. En conjunto, los pedazos nos muestran una pintura. Y en esta habitan gestos, rincones, esquinas, momentos y escenas que componen la pieza completa.

El segundo fragmento que, en definitiva, logra tender un puente hacia mi propia memoria trata sobre "los pedazos con los que reconstruimos nuestra memoria marcan la diferencia entre las versiones que contamos. Y mi madre, al torcerle la mano a su memoria, decidió tener una segunda oportunidad. La oportunidad de darle la espalda a la nostalgia." De ahora en adelante, Elena es la única que se queda con la nostalgia de su infancia y de su madre. En un lugar profundamente más solitario que el que comparten una hija y una madre. Ahora, Elena carga con la pesada labor de reconstruir la memoria, luego que su madre perdió la suya. Vuelvo a hacer una pausa y me pregunto si, quizá, su madre no es una que olvida por enfermedad, sino una que simplemente ha decidido olvidar. Existe la posibilidad de que haya padecido Alzheimer o una demencia senil. Aunque ambas cosas están sugeridas, y el no tener certeza insta a no abandonar la lectura.

De pronto, entre los días, Elena descubre el color gris, en la chaqueta del dictador, en la desaparición de alguien, en el rostro de su tío Hernán y en el odio de Camilo... anidada en una infancia en que las bicicletas, las escapadas al cerro o los besos son pequeños sorbos a la libertad. Al saberse limitada y bajo opresión, Elena busca un refugio del vértigo que con frecuencia la acosa con muecas desesperantes. Al narrar, decide recordar componiendo todos los pedazos para formarse una versión. Entre el olvido derivado del recuerdo, o el recuerdo derivado del olvido.

El color gris empieza por salirse de los rincones discretos y produce un miasma de incertidumbre y temores constantes que se expande por la atmósfera de las calles y el relato. En medio de

dicha atmósfera, Elena y los demás niños desarrollan cierta resistencia al aprender karate, al formar filas indias y andar siempre juntos, al adoptar la actitud inmovible frente a los militares, y al no delatar al señor que se esconde bajo la mesa en el patio de atrás en casa de la abuela. Esa demostración, bajo el techo inhóspito de un gobierno hostil, situado en Chile de 1970 y 1980, constituye un refugio de vida para la infancia de Elena, sus primos y su familia. La infancia, como refugio mismo, apela a conectar al lector con los múltiples recuerdos. Yo misma ya he empezado a hacerlo. En ella es posible insertar de a poco las propias fotografías del álbum que nos pertenece a cada lector. Con seguridad, el color gris nos resulta familiar por la nostalgia que ocupa más de un rincón en nuestros recuerdos. La memoria de la fotografía. El álbum que edifica la memoria.

A esta se suman, de forma indudablemente predominante, el hombre en televisión de "chaqueta militar, cuello Mao y unas charreteras rojas con bordes dorados", el principal responsable de aportar la pesadumbre, aunque también se suman las casas abandonadas y la protección del tío Juan. Paradójicamente, Elena, cuyo nombre es pronunciado tan solo dos o tres veces en todo el libro, lidia y afronta esa realidad sin dejar de vivir su infancia. Aún en las casas abandonadas por personas expatriadas, para Elena y los demás niños es posible jugar y aventurarse. De igual modo, aunque su adolescencia termina por ser marcada por la vejación de una ciudad sometida a la dictadura de Augusto Pinochet, en la vida que obsequia la infancia se manifiesta la resistencia que por antonomasia poseen esta y la adolescencia.

En ese sentido, y a pesar del ambiente que, en momentos se torna en terror por las desapariciones del primo mayor de sus padres o de Camilo, también se asoman las chispas de esperanza y que conforman un misterio para Elena. Mantenidos al margen, los niños se interrogan por cosas que los adultos conversan entre ellos, pero que no hablan abiertamente. Actos de la resistencia y de la rebeldía alimentan la esperanza de Elena y la involucran al modo en que florecen los pequeños sorbos a la libertad. La infancia y la juventud reclaman un sitio propio. Y aunque ella instiga por saber más, le son vedadas aún muchas palabras. ¿Quién no reconocería en estas guaridas un espacio para insertar fotografías de su propia infancia?

Es posible insertar nuestras fotografías familiares. En mi caso, no sólo inserto en el tío Hernán a quien yo llamaría Javier: él llega del trabajo con su camisa de pachuco ligeramente abierta, se le alcanza a ver un tatuaje en el pecho. Resguarda en su casa un cúmulo de libros peligrosos y hasta monedas raras de países y

años lejanos. Es su modo, el vivir fuera del sistema dominante de la ciudad. En el señor escondido bajo la mesa, inserto a quien mis primos y yo nombraríamos como "el señor de las cobijas": él vaga por la calle y tiembla, camina hasta encontrar una mesa del jardín familiar bajo la cual se esconde y permanece días hasta percibir que, en la gran ciudad, no hay amenazas alrededor. En las pláticas de los adultos que fuman hasta guardar silencio: la prolongada pregunta que nos hacíamos de niños cuando los tíos que mencionan (en palabras entrecortadas o en clave que ellos suponían que yo y ninguno de mis primos entendíamos), al tío Leonardo en la cárcel por unas semanas y la nula conmoción de mi abuelo, quien no había movido un solo dedo al saberlo. "[Es] para el régimen, un desalmado, un subversivo". ¿Qué explicación había ante una foto del tío Leonardo en aquel periódico del librero viejo de la sala, en la que se distinguían un penal y a él sujetando un cartel con números? ¿Qué estúpida regla decía que los niños no podíamos preguntar?

Y, sin embargo, llega el crecimiento y hace peligrar la memoria, la resistencia y la juventud. Apenas perceptible es el crecimiento para Elena. Son principalmente los recuerdos de la infancia y la adolescencia los que alimentan este relato. Y, no obstante, se asoman entre ellos, extraños guiños de envejecimiento a medida que crece, a medida que va reconociendo en sus propios recuerdos una perspectiva distinta que provee la distancia y el tiempo: "Uno crece tal como envejece: todos los días en movimientos imperceptibles".

En este tipo de memoria, al componer los pedazos que forman una versión, Elena declara por mucho que "crecer tuvo que ver con cosas que antes pasábamos por alto, también." Es la decisión de la memoria elegir los pedazos para formarse una versión. Finalmente, los que produce el recuerdo. En ella es posible abandonar la nostalgia o tender un puente con lo valioso.

A lo largo de *Álbum familiar* es inevitable insertar fotografías propias de forma constante, aun cuando aparecen vestigios de violencia entre los juegos y la vida de la infancia. La violencia que, nos guste o no, también tiende un puente hacia los recuerdos de las calles en las que jugábamos cuando niños. Y, ante todo, claramente resistiendo, la simbólica cascarita que forja un surco inigualable en el pasar de los coches, la inseguridad de la calle o en la desaparición y secuestro de niños.

En ese sentido, ¿cómo no reconocer la resistencia de la infancia entre semejantes relatos y fotografías familiares? Si el refugio al que acudimos se muestra en los espacios que volvimos nuestros

desde niños. La resistencia. El injerto de nuestras propias fotografías en una misma lectura, en un mismo libro, en un mismo álbum. Nos apela el derecho de reclamar un lugar que se ha alejado de nuestras pertenencias como las calles, no es gratuito el apareamiento de insignias en cada manifestación que proclaman "la calle es nuestra".

Entonces la adrenalina se vuelve inhabitable hasta que se convierte en vértigo constante. Desde la necesidad, quizá sin planearlo, nos unimos a ese grito de reclamo, tal como Camilo y Elena. Desde el impulso de escupir ante la injusticia y la opresión que fuerzan a niños y adolescentes a callar. Como Camilo y Elena, crecemos juntos, y juntos vamos manifestando la resistencia entre la multitud. Si la vida ha sido defendida con valentía, entonces se solidifica un refugio todavía más fuerte. Uno que tenderá un puente hasta nuestra niñez. La rebeldía no es una contradicción por mero capricho, es una forma de resistencia, en la que se expresa la juventud, en ella se reconoce que existe verdadera vida, energía y pulsión de vida.

Es también nuestra la rebeldía de Elena al negarse a acompañar al tío Hernán cuando vuelve a saber de Camilo, la de escaparse a Francia a buscar sus propios sustentos. Es también fotografía nuestra el volverse amiga de Berta y Rodrigo, el conocer la casa del cerro y al comer pastel de zanahorias. Quizá también al robar cosas del mercado. Finalmente, hasta que ya no existe dictador.

A la postre, las fotografías que conformarán el álbum familiar, pueden ser también una decisión para darle la espalda a la nostalgia como la madre de Elena. La búsqueda necia de atarse a la vida. La de resignificar al momento en que hemos crecido, y aceptamos construir una relación distinta, nueva con Camilo.

Es verdad que no se vuelve a ser niño, pero es la niñez la que provee la facultad de construir memorias nuevas. Quizá con todos los pedazos proveídos por el recuerdo, la renuncia a la nostalgia y la plena construcción de la memoria en la que, por ninguna razón, se deja por un lado la infancia.